

AÑO XIV, SERIE II, N.º 57
1926, abr

REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz
Por la Facultad

Adelino Galeotti
Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pinto
Raúl Prebisch
Por la Facultad

Dr. José P. Podestá
Dr. Italo Luis Grassi
Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo
Emilio Calvo
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Cuestiones agrarias ⁽¹⁾

Una serie de circunstancias me lleva por este año al ejercicio de la cátedra, en mi carácter de profesor suplente. Es un honor y una seria responsabilidad, sobre todo cuando me han precedido en ella personalidades como los doctores Lobos, Sáenz y Cárcano. Hacia el primero, desaparecido prematuramente, vaya mi respetuoso homenaje al estudioso, al investigador, al hombre de Estado, inspirado siempre en el engrandecimiento de su patria.

Haré lo posible para haceros menos visible, la gran diferencia que existe entre las aptitudes de todos ellos y las mías.

En esta clase inaugural, os haré una síntesis de mis opiniones sobre los puntos más importantes del programa.

Traéis ya a este curso el conocimiento de nuestro medio físico y ello constituye una gran ventaja, pues la geografía económica argentina debe ser la base de nuestro régimen agrario, régimen que debe variar según las regiones de un país que encierra entre sus límites diversidad de zonas, desde la subtropical hasta la polar, factor éste al cual no se ha dado la importancia que se merece y que ha sido causa del fracaso de buenas iniciativas, especialmente en tierras públicas.

Conocido el medio físico, estudiaremos « el hombre » que ha de actuar en él, otro factor también de primordial importancia, muchas veces olvidado. El ejercicio de la agricultura requiere un conjunto de aptitudes que no se encuentran en cualquier hombre, no sólo aptitudes tecnológicas, lentas en adquirirse, sino también morales para resistir la atracción cada vez más avasalladora de la ciudad.

(1) Clase inaugural del curso 1926 de régimen agrario, en la Facultad de ciencias económicas de Buenos Aires.

Nuestra industria ha hecho en los últimos años colosales progresos; sin embargo, seguimos siendo ante todo un país agrícola y ganadero e infinidad de problemas están ligados al desarrollo de estas actividades. Trataremos de estudiar los principales.

La tierra pública, en extensión y calidad, es cada día menor. El Estado conserva la propiedad del suelo en las peores regiones del país, bajo el punto de vista de su productividad. Todo lo mejor del territorio nacional está bajo el régimen de propiedad individual. De esto resulta que el estudio del régimen de la tierra pública pierde cada día en importancia del momento, para pasar al terreno puramente histórico, del cual sin embargo pueden sacarse todavía provechosas enseñanzas para el presente.

Es necesario el estudio de las doctrinas agrarias; están ellas al orden del día, se invocan a cada paso por personas muy bien intencionadas, que quieren beneficiar a la agricultura y los agricultores, desde su bufete o desde la banca de algún parlamento. Desde los fisiócratas hasta nuestros días, han florecido cierto número de teorías, cuya estudio de selección es indispensable hacer, pues entre tanta granza es muy escaso el grano. Reprocho a una parte de sus sostenedores un desconocimiento completo de la tecnología de los servicios del suelo, defecto muy común entre los economistas y escollo sobre el cual os pondré en guardia muy especialmente. Sobre todas estas teorías agrarias, opina todo el mundo... menos los agricultores. Nunca nadie se acuerda de consultarlos.

Nuestra ganadería bovina ha llegado a ser de las primeras, si no la primera del mundo. Hemos transformado aquel novillo, puro cuero y huesos, que nos trajeron los conquistadores, en una maravillosa máquina de hacer carne, reduciendo los subproductos a límites difíciles de superar. Poseemos el monopolio mundial de las carnes *chilled* y estudiaremos los mejores medios para conservarlo, así como para sacar mejor partido de él.

Antes de la crisis ganadera del 22 estábamos poco menos que a oscuras sobre la economía de nuestra ganadería. Muy poco sabíamos sobre el costo de nuestros novillos, sus rendimientos, sobre el comercio de carne, el régimen de los mercados consumidores, etcétera. Ahora todo ha cambiado felizmente y se reconoce toda la importancia del estudio de estos factores, económicos en su mayoría.

Las perspectivas para el comercio de carnes en 1926 no parecen ser favorables; los embarques han disminuído en comparación a los mismos meses de 1925. A estar a lo que dicen los frigoríficos, hay exceso de oferta en Londres y la competencia entre los grupos Vestey y Swift hace que las carnes *chilled* se vendan allí con una

pérdida media de dos peniques por libra. Es decir, pues, que ateniéndonos siempre a la misma fuente de información, los frigoríficos están pagando nuestros novillos más de lo que valen. La posibilidad de que la crisis del año 22 renazca, muestra la urgencia de realizar el censo ganadero, base indispensable para cualquier medida a tomarse en defensa de nuestra ganadería y del comercio de carnes.

Pero si tenemos motivos para estar orgullosos en cuanto a la calidad de nuestra ganadería, no podemos decir otro tanto de la agricultura, especialmente la cereal; baste decir que en rendimientos trigueros por unidad de superficie, sólo Rusia nos es inferior: todos los demás países nos aventajan. Problema arduo, compuesto de una infinidad de factores de distinta naturaleza, tecnológicos los unos, económicos los otros, que han sido estudiados superficialmente por distintas personas en el país, pero aisladamente; no se ha hecho una obra de conjunto que los abarque a todos, e indispensable por la trabazón que los liga y que exige también una solución.

Carecemos de estadísticas de conjunto sobre la subdivisión de la propiedad rural argentina, desde el último censo de 1914. Sin embargo, las estadísticas parciales acusan una subdivisión constante y es indudable que la estancia se achica cada vez más y marcha hacia la mediana propiedad.

Así, en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, entre 1911 y 1917, el número de propiedades de 10 a 25 hectáreas, ha pasado de 26.548 a 35.667; de 26 a 50 hectáreas, de 26.066 a 31.356, y así sucesivamente en las superficies mayores. Sin embargo, la observación directa de la campaña me deja la impresión de que esta subdivisión se refiere en gran parte a aquella que se efectúa en los alrededores de los pueblos, para pequeñas chacras, que se dedican a la explotación hortícola, lechería, cerdos, etc., es decir, la granja. En este sentido creo que hay un gran progreso.

Pero en la chacra cereal no se ha operado lo mismo; así, en 1912-13, las chacras hasta 100 hectáreas formaban el 63 por ciento del total y en 1923-24 forman el 70 por ciento, exiguo aumento que atribuyo a que la chacra cereal, arrendada en una proporción de 65 por ciento, requiere una superficie relativamente grande, por deficiencias en la explotación, derivadas del arrendamiento. Es sensible que la estadística no nos diga si en las chacras de « propietarios », el aumento en la proporción no ha sido mayor, como es de presumir. Es de creer que el propietario requiere para vivir menor superficie que el arrendatario, proveniente esto de una mejor explotación.

Para algunos observadores superficiales, el latifundio sigue siendo el origen de todos nuestros males agrarios. No soy de la misma opinión. El latifundio es perjudicial cuando no se explota y en la zona cereal esta clase de propiedad improductiva no existe ya, por las mismas razones que no puede existir un baldío en la calle Florida : el alto valor a que llega el suelo en ambos casos. El latifundio trabajado, sea por su dueño, sea por arrendatarios, pierde una gran parte de sus inconvenientes, no todos.

Fuera de la zona cereal, tampoco es el socorrido latifundio la causa del poco progreso o aun retroceso de la agricultura. Entran allí multitud de factores, que nada tienen que ver con la extensión o con el acceso a la tierra. Existen en el noroeste de Córdoba, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy inmensas regiones donde la tierra está mucho más subdividida que en el litoral y sin embargo la agricultura no progresa, cuando no va para atrás. La subdivisión no es, pues, ella sola factor de éxito.

Allí son dos los causantes de su atraso. El uno, la falta de espíritu de empresa de sus habitantes; el otro, el « flete ferroviario », esa barrera infranqueable para tantos productos y que nos aísla del norte argentino, haciendo que sea en Buenos Aires más barato el arroz brasileño que el tucumano, el carbón de Cardiff que el quebracho santiagueño. De nada vale que siga el Estado tendiendo líneas allí, si la producción no puede soportar sus fletes. Esas líneas son enormes capitales improductivos que han servido para despoblar a Catamarca y La Rioja, matar sus industrias locales, transportando la « gente » a bajo precio, pero sin dejarles exportar las cargas descendentes por excesivos fletes. Si queremos que la unidad política de la Nación sea un hecho, no una ficción, hay allí una obra inmensa a realizar : el acercamiento efectivo del litoral al interior por la rebaja de los transportes.

Volviendo al latifundio, es necesario entenderse a su respecto : 2000 hectáreas en la provincia de Buenos Aires, partido de Rojas, donde la tierra vale hasta 1000 pesos la hectárea, es evidentemente un latifundio; pero igual extensión no lo es en la misma provincia, partido de Patagones, donde la tierra inapta para la agricultura por falta de lluvias, sólo soporta dos o tres mil ovejas por legua y no sirve para ninguna otra cosa. ¿Qué ganaríamos con recargar a este último propietario con más impuestos para obligarlo a subdividir su suelo?

El perjuicio más grande del latifundio es aquel, no muy común por suerte, en que impide la expansión de algunos pueblos de campaña, por negarse a vender sus dueños lotes para solares y chacras. Pero son éstos casos aislados, que sin embargo requieren ciertas

medidas para evitarlos : por ejemplo, un impuesto progresivo a la gran propiedad rodeando las estaciones hasta una legua de distancia.

El hecho de que la sociedad anónima escape a la subdivisión forzosa del régimen hereditario no debe preocuparnos mayormente, por cuanto la agricultura no admite la concentración de capitales como el comercio o la industria. En la Argentina, como en todas partes y por razones técnicas que ya os explicaré, la sociedad anónima puede ser ganadera o agrícola-industrial, pero muy rara vez agrícola. Por ejemplo, tenemos las numerosas sociedades anónimas de la Patagonia, dedicadas a la cría de lanares, y en la agricultura industrializada, las que se dedican, en menor número, a la viña en Mendoza, a la caña en Tucumán o a los obrajes en el Chaco.

Quando es necesario hacer verdadera agricultura, es decir, « incorporar trabajo al suelo » sobre una gran superficie, la concentración de capitales, o sea la sociedad anónima, fracasa. Es lo que acaba de suceder en Francia, donde los altos precios de los productos agrícolas determinaron una inversión de grandes capitales, superiores a 1000 millones de francos en total, en grandes explotaciones agrícolas, que quisieron hacer agricultura en gran escala, a la manera industrial. Todas ellas han fracasado, con pérdidas del 30 al 50 por ciento de sus capitales.

La compraventa de especulación disminuye apreciablemente; aquella fiebre de los años 1905, ha pasado felizmente — salvo para el Chaco, del que me ocupó en otro lugar — y esperemos que no vuelva más. Nos lo dicen las páginas de avisos de los diarios, cuyos remates son cinco veces menores a los de aquella época en que Jules Huret, asombrado ante tanto remate, decía que la Argentina le hacía la impresión de un país que estaba en venta. La tierra ha llegado en la zona cereal a un límite muy cercano a su valor real, cuando no lo ha sobrepasado; de ahí que ya no tiene al especulador, de lo que debemos felicitarnos.

¿Conviene acelerar la subdivisión del suelo por medios impositivos, como lo proponen algunos y lo han aplicado ya Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe? La expropiación, el impuesto territorial progresivo, el impuesto a la renta, son otros tantos medios que estudiaremos en su aplicación, aunque desde ya os puedo adelantar que soy partidario de una política sumamente moderada en este sentido, hasta tanto no tengamos la población agrícola que nos hace falta y que hoy por hoy es muy escasa. La gran propiedad es en su mayor parte ganadera, y si la agobiamos a impuestos, haremos un flaco servicio al país, si por favorecer a la agricultura matáse-

mos a la ganadería extensiva antes de tiempo, o en aquellas regiones que no se prestan a otra explotación. Ya llegará el momento de tomar medidas contra la ganadería extensiva, cuyos beneficios para la colectividad son ínfimos, comparados con los de la agricultura, si es que la evolución natural de las cosas no ha hecho innecesaria toda intervención.

A pesar de los mares, de las montañas, de las aduanas, de todos los obstáculos que la naturaleza primero y el hombre después han puesto para dificultar el intercambio internacional, existe una íntima trabazón en el comercio mundial. Tal fenómeno local, acaecido a 10.000 millas de distancia, va a repercutir allá lejos en tal lugar de las antípodas, sobre hombres que quizá no sabrán de dónde viene la racha que los lleva a la fortuna o los sume en la miseria.

Como país agrícolaganadero, que exporta el 56 por ciento de su maíz, el 89 de su lino, el 63 de su trigo y gran cantidad de productos ganaderos, estamos sujetos más que nadie a esas causas universales, que influyen primero sobre el valor de nuestra producción agrícola-ganadera, luego sobre la renta rural, después sobre el valor fundiario de nuestros campos y de allí perdiendo en intensidad, divergen sobre el comercio, la industria, la banca, etc., desde Buenos Aires hasta el último confín de la República. Una vez es el *stock* de lanas gruesas en Europa, posterior a la guerra que coloca durante dos años en difícil situación a toda nuestra Patagonia; otra es la desocupación obrera en Gran Bretaña, que merma la capacidad adquisitiva de este país en carnes y provoca la baja de las nuestras. Otra es una huelga de varios meses en Australia, que le impide exportar manteca y llena los bolsillos de nuestros tamberos por el alza de aquel producto. Otra es una sequía en el Canadá, que nos trae millones, por el mejor valor de nuestros cereales.

Por esto también deberemos estudiar, en la medida de lo posible, las necesidades de los países compradores de nuestros productos, y por otra parte también, las disponibilidades de nuestros competidores, comparadas con las nuestras propias.

Las estadísticas, al hacernos visible un estancamiento de la superficie sembrada en la zona cereal, nos indican la existencia de un serio fenómeno, cuyo análisis haremos por inducción : efectos, causas y remedios. Esta zona cereal, a la cual la Argentina debe su actual progreso y en la cual están concentradas las tres cuartas partes de su población y de su riqueza, está poblada, pero no colonizada, pues el 65 por ciento de sus agricultores son arrendatarios, son nómadas trashumantes, faltos de protección, que como el judío errante van de aquí para allá sobre ese inmenso damero, sin poder

consagrar nunca a la tierra la intensidad del esfuerzo que supone la estabilidad. Por razones que ya os explicaré, la ley de arrendamientos agrícolas se aplica en proporción ínfima.

A pesar de todo, la situación de nuestros agricultores, con especialidad los de Santa Fe, Buenos Aires y Córdoba, por características que veremos después, ha mejorado grandemente en los últimos años, debido antes que nada a la valorización de nuestra producción cereal. Durante doce años, de 1905 a 1917, he fundado y dirigido colonias en la provincia de Córdoba y es realmente notable la diferencia que puedo notar entre la situación económica del colono de entonces y del actual.

Era común entonces tratar colonos, excelentes bajo todo punto de vista, que después de « veinte o treinta años de América », no habían conseguido, en tantos años de ruda labor, otra cosa que su capital de explotación, seis a diez mil pesos en haciendas y máquinas; esto era todo lo que habían podido ahorrar en tan largo lapso de tiempo.

Hoy la proporción de estos colonos, que no poseen otro capital que el de explotación, ha disminuído mucho en esas provincias. Es relativamente grande la cantidad de colonos que han adquirido tierras con sus ahorros o que los tienen disponibles en los bancos, a la espera de la oportunidad para adquirirla. Hay allí una obra inmensa a ejecutar; miles de laboriosos colonos con algún capital, esperan quien les dé el suelo a plazos. La acción del Estado es impostergable en este sentido.

¿Conviene « sembrar más trigo », como lo aconseja nuestro gobierno, al que la prensa hace coro? Estudiando conmigo el mercado internacional de ese cereal, creo que llegaréis a la conclusión de que no conviene tal cosa. Mientras el ministro de Agricultura de los Estados Unidos, Mr. Jardine, llama la atención de los agricultores norteamericanos sobre el aumento de la competencia internacional triguera y las perspectivas de baja de este cereal, aconsejándoles no aumentar la superficie destinada a la siembra, el ministro de Agricultura de la Argentina aconseja « sembrar más trigo ».

Mi opinión es « no sembrar más trigo que ahora », pero sí producir igual o mayor cantidad sembrando igual o aun menos, es decir, disminuir el costo, aumentando los rendimientos. Hay mucho de fantasía en aquello de que nadie en el mundo puede producir trigo a tan bajo precio como nosotros; se olvida, por ejemplo, que con un trabajo casi igual, el agricultor canadiense obtiene 1300 kilos por hectárea, donde nosotros sólo obtenemos 705; es decir, que

para igualar el rendimiento de un millón de hectáreas canadienses, nosotros precisamos 1.843.000.

Es indudable que los Estados Unidos desaparecerán en un futuro cercano como exportadores de trigo y harina, siempre que no prospere el *dumping* proyectado; pero esta ausencia será ampliamente compensada por el Canadá y Rusia, país el primero en el cual tenemos nuestro más serio competidor, por estar bajo muchos puntos de vista en mejores condiciones que nosotros.

El Canadá sólo ha cultivado la sexta parte de sus terrenos aptos para trigo; es decir, pues, que puede continuar aumentando la superficie sembrada por mucho tiempo aun. Su población, de crecimiento vegetativo menor que el nuestro así como el índice de población urbana, hace que tenga más disponibilidades para la exportación; exporta el 70 por ciento de su trigo y nosotros el 63 por ciento (promedio 1913-23).

Sus tierras son baratas; en las praderas la tierra vale alrededor de 25 dólares el acre para trigo; es decir, 150 pesos la hectárea, y se ofrecen por el Canadian Pacific Railway tierras a 18 dólares el acre o sean \$ 108,50 la hectárea. Es decir, pues, que el valor de sus tierras para trigo es más o menos como el nuestro.

Los fletes ferroviarios son mucho más bajos que los nuestros y la facilidad del transporte fluvial hace que los trigos lleguen a Montreal desde 2200 kilómetros del mar, mientras que entre nosotros apenas si llega a 700 kilómetros. Agréguese a esto menores fletes de Montreal a Europa, pues mientras un vapor hace un viaje al Plata, puede hacer dos al Canadá.

Es sobre todo en el rendimiento y en la calidad de sus trigos donde el Canadá nos lleva la mayor ventaja, rendimiento casi doble del nuestro, 1300 kilogramos por hectárea y mejor calidad con sus trigos Marquis y Manitoba número 1. Nuestra situación de inferioridad es aún mayor desde hace un tiempo, pues debido a la difusión del trigo Favorito, de gran rendimiento, pero poca fuerza panadera, nuestros trigos de exportación han desmerecido grandemente, al extremo que el año pasado varios molinos brasileños han tenido que comprar en el Canadá el trigo Manitoba número 1, para reemplazar a nuestro trigo Rosafé, a pesar del mayor costo por mayor distancia.

No tengo a mano el precio de costo de trigo del Canadá, puesto en puerto, pero examinados los factores que concurren a su formación, no tengo la menor duda de que no puede ser superior al nuestro.

El año pasado, el presidente de los cerealistas del noroeste de los Estados Unidos, decía en una conferencia: « Los terrenos baratos, los mayores rendimientos por acre, los fletes baratos, todos

obran en combinación para poner al Canadá en posición de hacer la competencia con éxito a cualquier otro país. »

En cambio, veréis que tenemos el cuasi monopolio del maíz y del lino en el mundo y en este sentido sería más aconsejable « sembrar más maíz y más lino », que no « sembrar más trigo », por más que la absorción de estos granos no tenga la amplitud del trigo, pero por lo menos tiene la ventaja de operar sobre un terreno casi libre de competidores, lo que no sucede con el trigo.

Fuera de la zona cereal existen otras regiones con características económicas diferentes de aquella, siendo las principales la de la viña en Mendoza, San Juan y Río Negro, la de la caña en Tucumán, Salta y Jujuy y la del algodón en el Chaco. Esta última nos proporciona un interesante motivo de estudio : los excesos del entusiasmo colectivo a que somos tan propensos los pueblos de raza latina. El oro blanco ha originado una carrera a las tierras del Chaco, comparable a la que determinaron los *placers* de California. Una propaganda oficial excesiva, demasiado optimista, presentando la siembra del algodón como un negocio de excepcional seguridad, ha hecho afluir allí miles de nuevos colonos, que se han puesto a sembrar algodón como quien siembra... maíz.

El oro blanco del Chaco se está poniendo morado, la baja inevitable de los altos precios mantenidos durante dos años, ha determinado una crisis que empieza a enfriar los entusiasmos. Personas entendidas aseguran que una buena parte de los agricultores del Chaco están vendiendo con pérdida su algodón. Los panegiristas del oro blanco se olvidaron de varias cosas, la primera de todas que el algodón requiere una mano de obra considerable y que ésta es en la Argentina escasa y cara, comparada con la de los negros de Nueva Orleans o los *fellahs* de Egipto.

El algodón no debe exceder en superficie de lo que una familia pueda recolectar, cinco a diez hectáreas como máximo, y debe ser para el Chaco nada más que un nuevo cultivo a agregar en rotación al maíz, lino, tártago, maní, etc. Los nuevos colonos chaqueños, en cambio, se dedicaron a sembrar algodón exclusivamente, cayendo en el grave escollo de la monocultura. La sequía, la langosta, las plagas y sobre todo la escasez de mano de obra para la recolección, determinaron una crisis que era inevitable en cuanto bajaran los precios del textil.

Ahora es necesario no caer en el extremo opuesto, abandonar el algodón. El solo no constituirá nunca la riqueza del Chaco, pero sí contribuirá a ella, alternando allí con las plantas propias de la zona subtropical.

Nuestra campaña se puebla con una lentitud desesperante, mientras que las ciudades aumentan su población con rapidez pavorosa. Hay allí uno de los problemas más graves de la economía nacional. El fenómeno mundial del urbanismo se repite entre nosotros, pero partiendo de puntos de origen completamente distintos. Es ante todo la inmigración la causante de nuestro urbanismo, luego un elevado crecimiento vegetativo y por fin una trasmigración interna, del campo a la ciudad. Exagerando un poco este último factor, os diré que ciertas regiones de la República « se están despoblando antes de haberse poblado » y esto es sencillamente lamentable.

De tres años a esta parte, el saldo inmigratorio cada vez menor, 148.000 en 1923, 93.000 en 1924 y 75.000 en 1925, no permiten achacarle en primer término el aumento de población urbana que tuvo en otro tiempo; dominan ahora los otros dos, crecimiento vegetativo y trasmigración interna.

Se ha derramado mucha tinta para orientar al inmigrante hacia la campaña, con resultado negativo, y se sigue atribuyendo a la falta de tierra accesible en ella el hecho de que se quede en la ciudad; pero esto, a mi juicio, es un gran error. Para desgracia nuestra, ni la tierra propia ni todas las facilidades imaginables consiguen vencer la atracción de las *villes tentaculaires* de Verhaeren. El hombre « animal sociable » se sociabiliza cada vez más, si así puede llamarse al hecho de aglomerarse en las grandes concentraciones urbanas. El inmigrante, agricultor europeo, no viene con la idea de dedicarse a la agricultura, por más facilidades que se le otorguen; está hastiado de ella. La inestabilidad del rendimiento agrícola, la larga espera entre la siembra y la cosecha, el aislamiento de la campaña son otros tantos factores que influyen en su mente para que prefiera cualquier salario fijo en la ciudad.

Esta atracción preponderante de la ciudad sobre el inmigrante se manifiesta patente en el Canadá, donde a pesar de todas las facilidades imaginables ofrecidas por el gobierno de ese Estado, tierra e implementos, las tres cuartas partes de la inmigración se dirigen a las regiones industriales. De cada cien inmigrantes entrados al Canadá en 1923-24 por los puertos del Atlántico, 78,2 se dirigieron a las provincias industriales de Ontario y Quebec y sólo 21,8 a las agrícolas de Alberta, Manitoba y Saskatchewan.

Ya que no es posible orientar al inmigrante a la campaña, ¿no será posible que el « puebleros » se traslade a ella? Más difícil todavía; el ciudadano tiene una psicología especial, de sociabilidad, de contacto con sus semejantes, que hace casi imposible transformarlo en campesino. Es fácil hacer de un campesino un puebleros; la inversa es poco menos que imposible. Para un ciudadano el

aislamiento de la campaña puede ser una causa de suicidio; para su mujer y sus hijas, de neurastenia, sobre todo si es latino.

Pero suponiendo que fuese factible el traer inmigrantes y dedicarlos a la agricultura, ¿no sería un contrasentido pensar en ellos antes de haber estabilizado la situación de los que desembarcaron en nuestras playas, hace veinte o cuarenta años, bajo los gobiernos de Avellaneda o de Roca, y que todavía están esperando ellos o sus hijos el pedazo de tierra que entonces se les prometió en propiedad?

Encandilados con una inmigración que no quiere venir, no vemos a nuestros pies esa falange de 77.000 agricultores arrendatarios, extranjeros o no, pero con seis a diez hijos « argentinos » los más, que constituyen una « inmigración » de primer orden, con capitales, hecha a nuestro ambiente, incorporada de hecho a nuestra nacionalidad y formando un vivero que sólo falta cultivar para hacer multiplicar al infinito.

Ahí está el medio de poblar nuestra campaña, en la campaña misma. Démosles a padres e hijos tierra en propiedad, y en diez años más podremos tener 300.000 chacras en vez de 100.000 actuales; para eso no es necesario ir a buscar pobladores del otro lado del mar : los tenemos hace rato en casa.

Acaba de fundarse, por personas altruistas, la asociación « Amigos de la ciudad », para propender al adelanto edilicio de esta gran metrópoli. Sin empequeñecer su finalidad, bien digna de elogio, no puedo menos que lamentar no la haya precedida otra asociación, « los amigos del campo », que estreche los lazos entre el campesino y el ciudadano, tan huérfano este último de toda protección. El 95 por ciento de la legislación de fomento es urbana; sólo se acuerda del campesino para poner trabas a su acción; la instrucción primaria es urbanista en su orientación y es deplorable ver que a medida que aumentamos la instrucción en la campaña, aumentamos allí los deseos de emigrar a la ciudad.

Para terminar, si pensamos en que la mayor parte de los habitantes de la campaña son « productores » mientras que los de la ciudad son « consumidores », planteamos desde ya un problema cuya solución de equilibrio es necesario buscar, so pena de comprometer seriamente nuestro porvenir.

Sobre el crédito agrario tengo ideas muy personales, que no coinciden con la mayoría de los que sobre este tema han escrito. Fuera del crédito, para la adquisición del suelo, no considero los demás indispensables para la agricultura, cuando ésta no se industrializa. El escaso movimiento de capitales que la agricultura requiere, comparada con el comercio o la industria, hacen que el

crédito agrícola sea muchas veces más perjudicial que útil. Al agricultor arrendatario debe proporcionársele crédito para pasar a la propiedad, pero una vez estabilizado en ésta, no lo necesita, salvo en circunstancias excepcionales.

En nuestro país, bajo el nombre de crédito agrícola, se ha abusado escandalosamente, encubriendo negocios o derroches, que nada tienen que ver con la agricultura. La crisis ganadera del 22 fué provocada, entre otras cosas, por un abuso del crédito, que motivó una especulación desenfundada en haciendas, las que pasaban de mano en mano y de remate feria en remate feria, cada quince días.

El crédito agrícola con garantía real, hipotecas y prenda agraria, ha dado lugar también a lamentables excesos y no es un misterio para nadie que las hipotecas rurales alcanzan en la Argentina un volumen exagerado. Bunge calcula en 1917 que el 55 por ciento de la renta real del suelo iba a parar a manos del acreedor hipotecario.

La ley de colonización hipotecaria no ha dado los resultados que de ella esperaron sus progenitores. Estudiaremos las causas de este fracaso, siendo la primera el desconocimiento de la psicología campesina, factor que los legisladores urbanos ignoran por completo. Por desgracia, las leyes a aplicarse en la campaña se hacen en la ciudad y creo que pocos países habrá en el mundo en que las necesidades del campesino sean menos conocidas por las clases dirigentes que en el nuestro.

Nos faltan estadísticas comparativas del rendimiento de los capitales colocados en la agricultura. Sin embargo, el estudio de los factores concurrentes me deja la impresión de que es de los más bajos y que no compensa el gran desarrollo de esfuerzos necesarios y los innumerables riesgos a correr. El negocio está siempre en la valorización — aunque lenta ahora — del suelo y no en su producción, relacionada con el valor actual del suelo, no con el de la adquisición. El propietario que en estas condiciones trabaja él mismo su suelo, hace un malísimo negocio; más le valiera arrendarlo.

Por otra parte, la valorización marcha cada vez más despacio, sea porque el suelo ya ha alcanzado su valor de renta, sea porque lo ha sobrepasado. A esto último contribuyen los altos arrendamientos que se pagan en ciertas regiones del país y que provienen de una ciega y absurda competencia entre los arrendatarios, colonos especialmente. Los arrendamientos de 80 y 100 pesos la cuadra que se pagan en la zona maicera, no pueden durar, por cuanto los arrendatarios tienen que cansarse de la vida de miseria que pasan, trabajando exclusivamente para el propietario y el cerealista, úni-

cos que ganan; si el maíz baja algo más, ya no alcanzará ni para pagar el alquiler.

La baja apreciable en los precios del maíz, que de 10 pesos hace dos años, vale hoy sólo 7,50 pesos, debe traer una aguda crisis en esa región, cuya economía descansa, casi exclusivamente, sobre ese cereal. Sin embargo el maíz baja, el lino baja y los arrendamientos siguen subiendo. ¿En base de qué?

La cooperación está de moda; muchos creen ver en ella el camino para llegar a la supresión del « odioso intermediario », que se interpone entre el productor y el consumidor. Se espera de ella nada menos que la desaparición del comercio, o por lo menos de aquel que trafica en productos que no ha elaborado. ¿Corresponderá la realidad a tan bella promesa? Soy un poco escéptico sobre el particular y ya os explicaré los fundamentos de mi opinión, que pueden resumirse en esta sentencia: « No hay que esperar de la cooperación más de lo que la cooperación puede dar. »

He observado que la eficiencia de una organización comercial está en proporción inversa al número de sus propietarios. Cuantos menos, mejor marcha. A medida que el interés individual se diluye en una empresa, va disminuyendo su eficiencia, y esto se explica, pues no es lo mismo una solución compuesta de dos partes de 50 por ciento de interés individual, a otra solución formada por 20 partes de 5 por ciento. El interés individual, pese a todos los altruístas, es siempre proporcional al capital invertido y en este sentido os haré observar la semejanza que existe entre las sociedades anónimas a gran dilución de accionistas y las cooperativas.

Hay en las cooperativas muchos puntos dignos de estudio; es por ejemplo curioso comprobar que el espíritu cooperativista está dominado por un interés de clase. Altruísmo, cooperativismo para los consocios, pero no para todo el mundo. Así veremos cómo las grandes cooperativas canadienses, esos colosales *pools* cerealistas, emplean procedimientos iguales a los usados por el Comité de fletes de los frigoríficos argentinos para regular la oferta, teniendo estos últimos siquiera la disculpa de tratarse de un producto perecedero como la carne *chilled*, lo que no sucede con el trigo. Con todo, el promedio pagado por las cooperativas canadienses en la cosecha 1925 ha sido inferior al de los compradores independientes. La liquidación final de estos últimos ha sido superior en 5-9 centavos oro por bushel a la de los *pools*.

Nuestros parlamentos, o no hacen nada o « legiferan » demasiado, dos extremos tan perjudiciales uno como otro. Forzoso es que esto

sucedan cuando se carece de plataforma política, cuando los partidos que los parlamentarios representan no tienen programa, salvo el meritorio partido Socialista. Asunto básico como la colonización, no ha obtenido una sanción en veinte años de estar sobre el tapete con más de cuarenta proyectos presentados, pero en cambio se sanciona con rapidez inusitada el pago de salarios en moneda nacional, ley que causará más perjuicios que beneficios a los presuntos beneficiarios de la campaña y a todos los que deben intervenir en las transacciones. Ya volveremos sobre ello.

Ya que de leyes hablamos, he visto que en los Estados Unidos está por fundarse la liga « Menos leyes », con el fin de moderar la vertiginosa sucesión de leyes que sale de los parlamentos. Pronto creo que tendremos que imitarlos, pues la política electoralista, el afán de halagar a las masas, es decir, al número y no a la calidad, nos están dando una avalancha de leyes destinadas a trabar la iniciativa individual del capitalista, del empresario, del agricultor o del ganadero. Ese espíritu de empresa, de actividad que caracteriza a los hombres de negocios — pequeños y grandes — de nuestro país, está recibiendo a cada momento duchas de agua fría destinadas a apagar su espíritu de trabajo. El Estado, a fuerza de trabas y de impuestos, está incitando al capitalista a invertir sus capitales en fondos públicos, lo que tiene un pequeño inconveniente, ya que el interés de los mismos tiene que sacarlo el fisco de los que trabajan o proporcionan trabajo y... por otro lado el mismo se lo dificulta. Círculo de hierro del cual me temo salga maltrecha la economía nacional.

Así como reprocho a muchos economistas un desparpajo excesivo en terreno que exige conocimientos tecnológicos, con los errores consiguientes, no puedo menos que censurar el desprecio — apenas disimulado — de la mayor parte de los técnicos hacia las ciencias económicas en general. Sin embargo, en toda producción de servicios, para alcanzar el punto *optimum*, es necesario el conjunto de ambos conocimientos, tecnológicos y económicos. El técnico, encandilado con su saber, no ve más que la parte que él domina; por lo general, poco le preocupa la parte económica. Cuando un ingeniero plantea una obra pública, trata de superarse en su arquitectura o su estructura, pero poco le importa saber si los capitales en ella empleados darán el rendimiento que es razonable esperar de ellos, y esta despreocupación se acentúa aún más si se trata de bienes fiscales.

Por esto, ¿cuántas de nuestras obras públicas, no honran a los ingenieros argentinos bajo el punto de vista de la técnica, pero

constituyen para el Estado una carga insoportable, por la escasez de su rendimiento económico?

En otro orden de ideas, la producción, por ejemplo, el técnico persigue por lo general el mayor rendimiento bruto, al que no siempre corresponde el mayor rendimiento neto, objetivo este último que un economista no perderá nunca de vista, pues es la razón de ser de su existencia.

Es sumamente difícil encontrar reunidos en una misma persona los conocimientos tecnológicos y económicos de toda producción; por esto es indispensable la cooperación de técnicos y economistas, y en este sentido el papel que a ustedes les tocará desempeñar es de una importancia fundamental, siempre que sepan conservar su posición dentro de los límites que les competen.

He procurado haceros una síntesis de los múltiples problemas que juntos estudiaremos durante el curso, y digo estudiaremos, porque en los fenómenos económicos, ni yo ni nadie puede decir que tal tema esté agotado y que se le domina bajo todos sus aspectos. El economista debe dedicar al estudio todos sus momentos, estar al tanto día por día de lo que en el mundo sucede, pues veinticuatro horas son suficientes para alterar los efectos, variar las causas o invalidar los remedios de tal o cual fenómeno económico.

La influencia de tiempo y lugar en la noción de causalidad o de efecto, es preponderante en las ciencias económicas y esto aumenta considerablemente la complejidad de su estudio. Si en química se ponen en contacto dos cuerpos en determinadas condiciones, el profesional sabe de antemano que tal fenómeno, que tal combinación debe producirse invariablemente, lo que simplifica enormemente su tarea.

En la economía, el fenómeno que en un país se produce en tales y cuales condiciones, causando determinados efectos, no ocasiona los mismos en el país vecino. El remedio bueno para éste es malo para el otro. Lo conveniente hoy, es mañana perjudicial, el tiempo ha pasado y es necesario empezar de nuevo a investigar causas, efectos, remedios, a veces sin poder terminar nunca, pues los acontecimientos se suceden con tal rapidez que impiden un estudio a fondo.

Después de esto, que nos vengán a decir que las ciencias económicas no son tan ciencia como otra cualquiera, la botánica, la física o la medicina. Tan ciencia como aquéllas, más difícil, más compleja, pues se encuentra su cimiento en los deseos y las actividades de ser tan variable como « el hombre », cambiante según su raza, las aptitudes que ha heredado, su educación, el momento en que lo vemos,

el medio en que actúa, etc., en fin múltiples factores que actúan sobre él y pueden hacerle obrar en sentidos completamente divergentes.

Lo único que no ha cambiado, que no cambiará, es el eterno principio hedonístico « el mayor provecho con el menor esfuerzo » y que constituye la finalidad, encubierta a veces, de las actividades del 95 por ciento de la humanidad. « Provecho individual para el esfuerzo individual », no es otra cosa que una variante del instinto de conservación de la especie e indispensable para la existencia de la misma.

El economista alemán Knapp ha dicho, con razón, que la edad media no ha conocido el instinto del lucro. Hubo un tiempo en que los hombres pensaban en las riquezas menos que ahora, quizá... porque no pensaban en nada. Nuestros deseos aumentan día a día, el *standard* de vida crece siempre y momento a momento deseamos más satisfacciones. Esto hace la lucha por la vida cada vez más áspera, feroz a veces, disimulada bajo el ropaje de una moral elástica que sirve para todo.

No creo que la felicidad de la humanidad se encuentre en la imposición de la igualdad económica, que será siempre artificial mientras no exista la igualdad física y psíquica, pero se habrá dado un gran paso hacia ella el día en que se supriman algunas injusticias, sobre todo la principal, en aquella carrera hacia el bienestar en que unos se pasan la vida tratando de alcanzarlo, mientras que otros lo consiguen desde el momento en que nacen, gracias al régimen hereditario.

EMILIO A. CONI,

Profesor suplente de régimen agrario.